



LOF YU

LLÉVAME

CONTIGO



Llévame contigo

LOF YU

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Imma Sust & Adrià Font, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2014
ISBN: 978-84-08-12546-4
Depósito legal: B.
Impreso por
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Nací cuando ella me besó.
Morí cuando me abandonó.
Viví unas semanas mientras ella me amó.

En un lugar solitario, de NICHOLAS RAY

Una tarde de enero, en el comedor de casa de Sergio y Silvia

—¿Dónde está? —dice la *Princess* mientras busca algo entre los cojines del sofá.

—Estela, que te veo venir...

—¿Por qué? ¿No tienes dudas? —Silvia tarda unos segundos en responder agachando la cabeza con un movimiento casi imperceptible—. ¿Entonces...?

—¡Pero no está bien! —contesta Silvia mientras le quita el cojín a Estela y lo coloca otra vez en su sitio.

Estela suspira y da un par de vueltas a la mesa. Se respira mucha tensión en el comedor de la nueva casa de Silvia. La *Princess* tiene un grave dilema y no sabe cómo solucionarlo. Es su primer año en la Facultad de Derecho, lleva unos seis meses viviendo con su novio y parece que la vida de pareja no es como ella se la había imaginado.

—Si no lo haces tú, lo haré yo. —dice Estela, tajante.

—¡Shhh! —susurra Silvia—. ¡Nos va a oír! ¡Habla más bajito! —Se sienta en el suelo y se acurruca mientras se

lleva los dedos a la sien—. ¡La cabeza está a punto de explotar!

Su amiga se sienta a su lado y le acaricia el cabello en un acto de comprensión. Aunque las *Princess* son cuatro, Estela y Silvia siempre han estado muy unidas, sobre todo durante este último año. Ana y Bea se han marchado de viaje, y ella se ha pasado muchas horas ayudando a Silvia en su nueva aventura.

—Pero ¿tú quieres saber la verdad, sí o no? —insiste.

—¡Sí! —contesta Silvia, entre sollozos—. Pero si le cogemos el móvil a Sergio, se va a enterar. No se separa de él ni un solo segundo.

Estela ve indecisa a su amiga. Silvia siempre ha sido así. En situaciones críticas siempre se bloquea y le cuesta tomar decisiones. Su sentido de la responsabilidad y de la ética suele frenarla y no le deja tomar cartas en el asunto. Estela es muy distinta. Es de esa clase de chicas que cogen el toro por los cuernos sin importarles las consecuencias. Una es toda razón, y la otra, toda pasión.

—Recapitulemos. —Estela está dando vueltas como si fuera Sherlock Holmes—. Me has dicho que Sergio no te hace demasiado caso de un tiempo a esta parte. ¿Verdad o mentira?

—Es verdad. —Silvia deja hablar a su amiga.

—Bien. Hasta aquí, todo normal. Una cosa es salir con un chico y otra muy diferente irse a vivir con él. Puedo entender que todo cambie un poquito cuando te vas a vivir con la persona a quien amas. Por ejemplo, ya no tenéis que quedar en el parque para veros, y podéis comer juntos todos los días. Se acaba, por fin, eso de encerrarse en la habitación y besaros de manera apasionada pero en silen-

cio por miedo a que te oigan tus padres: ¡tienes tu casa, y puedes hacer el amor donde, cuando y como te plazca! —Estela está cada vez más motivada y habla con más contundencia—. ¡Pero..., porque siempre hay un maldito pero, se acabaron los *e-mails* románticos matutinos en los que la palabra «amor» se repite unas tres veces, o dices cosas como: «Te echo de menos» o «Te comería a besos», y firmas con un: «¡Te quiero! ¡Te amo! ¡Te deseo!». Los WhatsApps picantones le dan paso a: «¿Te pasas por el súper a comprar solomillo para cenar?». —Silvia se ríe—. Y entonces llega la otra cara de la moneda..., que es... —Estela hace una enorme pausa para demostrar la importancia de la frase que va a soltar a continuación—... ¡cuando el tío se convierte en un cabrón!

Silvia no puede evitar que le salten las lágrimas:

—No, Estela, mi Sergio no es ningún cabrón.

—¡No lo sabremos si no le robamos el móvil —contesta su amiga, tajante.

—Ya..., ¡pero es que estoy tan enamorada...! —La *Princess* intenta reafirmar sus sentimientos—. Si descubriera algo que no me gustara, creo que no podría soportarlo.

Unos meses antes, en casa de Sergio

—Cuando me dijiste que sí, no me podía imaginar que la cosa iría tan rápido —dice Sergio mientras deja un par de cajas en el suelo.

—Si te molesta me voy, ¿eh?—contesta Silvia en tono divertido. Sabe que el comentario de su chico no va con mala fe.

—¿Y volver a bajar todas esas cajas? Ni hablar —afirma rotundo mientras cierra con llave la puerta de la casa.

La pareja empieza su primer día de convivencia en pleno verano. Ninguno de los dos pudo esperar a que Silvia cumpliera los dieciocho años y, en cuanto la *Princess* «dijo que sí» y les pidió permiso a sus padres, empezaron la mudanza. Sergio estaba convencido de que se trataría de una maleta con ropa y poca cosa más. Pero no. Silvia se llevó prácticamente toda su habitación. Tal vez una persona más madura habría empezado con lo justo y necesario y, después de comprobar que todo iba bien, habría seguido con más. Pero Silvia estaba tan convencida y tan enamorada que, para ella, no confiar a ciegas en su relación equivalía a traicionar a su corazón.

Como suele decir Ana en su blog: «No hay que tener miedo al amor, hay que confiar». Y confiar, para Silvia, significa llevarse la casa entera si hace falta.

—Amor, no sabes lo importante que es esto para mí —dice la *Princess* mientras agarra a su chico por la cintura y mira a su alrededor como si la casa fuera un museo de arte—. Es un sueño. —Suspira.

—No es un sueño, princesa: es la realidad —contesta él mientras le devuelve el abrazo a su chica y le da un cariñoso beso en la cabeza.

Silvia es muy feliz, pero también se siente un poco extraña. Este año empezará a estudiar derecho y no tendrá ningún ingreso económico, aparte de una pequeña mensualidad que le dan sus padres para ayudarla. Se siente una mantenida, y esto no le gusta demasiado, pero también es consciente de que su familia quiere lo mejor para ella. Lo que quiere es ser independiente, en vez de una

niña pija a quien sus padres y su novio se lo pagan todo. De momento ha pactado con Sergio que él seguirá pagando todo el alquiler y que tendrán que aguantar al primo Manu hasta que Silvia pueda pagar su parte. Y por lo que respecta a sus padres, estarán encantados de pagarle los estudios si saca buenas notas.

Manu podría ser un problema, pero la habitación de la pareja es enorme y Silvia está convencida de que se pasarán el día entero encerrados allí, disfrutando de su amor. Nada más lejos de la realidad.

Seis meses más tarde, en el comedor de Sergio

—No quiero que me malinterpretes, pero ahora no estamos aquí para saber si amas o no a Sergio. ¡Es evidente que lo quieres! —Estela hace una breve pausa—. Quiero que me respondas una pregunta, y te lo digo muy en serio. Sospechas de él, ¿no?

Silvia se queda pensativa.

—Sí.

—¿Y quieres saber la verdad?

Esta vez Silvia no tarda en responder.

—Sí.

—Pues entonces tienes dos opciones. La primera es pillarle el móvil y empezar a cotillearlo todo. La segunda es preguntárselo directamente.

—¡Ya lo he hecho! —contesta Silvia, gritando bajito para que los chicos no la oigan.

—¿Quéee? ¿Cómo no me lo habías dicho antes? ¿Y qué te dijo? ¿Qué te dijo? —pregunta Estela, histérica.

—Pues... ¡que no! Que estoy como una regadera, y que le da pena que desconfíe de él. Y yo quiero creerle, Estela, quiero hacerlo. Siempre he pensado que la sinceridad y la confianza son la base de una buena relación. Y si le pillo el móvil y no hay nada, me sentiré muy culpable. Quiero creerle. Me juró que yo era la única.

—¿Que creías que te iba a decir? ¿Que sí? ¿Que ha estado viéndose con otra que le llena más que tú? No me hagas reír, princesa. Está claro que sólo nos queda la primera opción. Si no lo haces tú, lo haré yo. Por última vez, ¿dónde está su móvil?

Estela está decidida y se marcha del comedor. Silvia la sigue hasta el pasillo.

—¡Está bien, está bien! ¡Lo haré!

—¿Dónde está su móvil? —insiste Estela.

—Pues lo tendrá en su despacho —contesta Silvia, nerviosa—. Lleva dos horas encerrado con Manu.

—Vale. El plan es el siguiente. Esperaremos a que Sergio salga. Cuando hayamos localizado su móvil, lo distraigo y se lo cojo. Déjame a mí: estas cosas se me dan muy bien. Entonces tú coges el teléfono y averiguas lo que tengas que averiguar, ¿de acuerdo?

Silvia no contesta. Sigue nerviosa y paralizada. Entonces se oyen unas risas y un portazo.

—¡Ya han salido! —exclama Silvia, agarrando del brazo con fuerza a su amiga.

—¡Eh, que me has hecho daño en el brazo! —se queja Estela, que intenta aparentar serenidad.

Unos meses antes, en casa de Sergio

A Silvia le bastan un par de semanas de convivencia para darse cuenta de que no es oro todo lo que reluce. Sabía que no iba a ser fácil vivir con dos chicos, pero nunca pensó que pudieran llegar a ser tan desordenados. Todavía es capaz de controlar su habitación, pero el resto de la casa... ¡Puf! Se la llevan los demonios cada vez que ve unos calzoncillos tirados en el suelo del lavabo, o los platos sin fregar. Sabe que Sergio no es nada machista y que tiene mucho trabajo, pero no le parece nada bien que ella, que es la única mujer de la casa, tenga que hacer todas las tareas domésticas.

Por este motivo se ha puesto manos a la obra y ha confeccionado una bonita hoja de Excel en la que detalla todas las tareas que se van a repartir.

—Perdona, pero estás de guasa, ¿no?—pregunta Manu en tono irónico mientras Silvia intenta explicar sus planes de limpieza.

—Manu, no seas maleducado —le reprocha Sergio. Aunque le da mucha pereza ponerse a limpiar, sabe que Silvia tiene parte de razón.

—¡No! —le grita su primo mientras mira la hoja de papel impresa a siete colores—. Es que no lo entiendo. Tú y yo siempre nos las hemos arreglado bien, ¿no? Nadie ha venido nunca a decirnos cuándo y cómo tenemos que limpiar. La verdad es que me parece exagerado.

—Pues no me parece justo que siempre acabe limpiándolo yo todo —contesta Silvia elevando un pelín la voz.

—Es que a nosotros no nos molesta el desorden, chica. Es a ti a quien no le gusta vivir así, ¿no?

—Bueno..., sí. Yo...

—Pues está claro. Si no puedes vivir con dos platos sucios, pues los lavas. Y si no, pues los dejas donde están.

—Tío, te estás pasando, ¿vale? —le corta Sergio, que no puede evitar la mala cara de su primo.

—Joder, es que me cabrea que de repente venga esta tía a decirnos cómo tenemos que organizarnos.

—Esta tía es mi novia, ¿vale? Un poco de respeto. Se ha currado esta hoja de Excel, y sólo nos está pidiendo que no seamos tan cerdos. ¡No me parece tan mal!

Silvia está a punto de echarse a llorar. No le gusta que Sergio y Manu se peleen por su culpa.

—Lo siento, no quería crear ningún conflicto. Sólo quería ayudar y poner un poco de mi parte.

—Lo sé, y te pido disculpas por Manu —se excusa Sergio—. Es normal que se sienta extraño con tu presencia. Dale tiempo, ya se acostumbrará. ¿Verdad, Manu?

Éste no dice nada y se acomoda en el sofá. Silvia, que se está temiendo que no va a hacer prevalecer su criterio, le pregunta a su chico, bajito:

—Y mientras tanto, ¿cómo lo hacemos?

—¿Y si empezamos por limpiar la cocina juntos? —Sergio eleva el tono de voz para que su primo lo oiga.

—Me parece bien —contesta Silvia, y le sonrío.

Entonces Manu suspira fuerte, se levanta del sofá y grita:

—¡Vale! ¡Yo me encargo de la comida! Pero que no sirva de precedente, ¿eh? Y eso de hacer los lavabos, ni de coña. Avisados estáis.

Los tres chicos se meten en la cocina y Silvia se siente un poco más aliviada. A lo mejor no llega a convencerlos de que sigan su Excel a rajatabla, pero de momento ya ha

conseguido que uno friegue los platos y el otro haga la comida. Sólo espera no tener que montar muchos numeritos como éste para conseguirlo.

Seis meses más tarde, en el centro de la ciudad

Radio Bimba no tiene mucha audiencia, pero es un medio de comunicación prestigioso. Por este motivo han fichado a Víctor Sueiro de cara a la nueva temporada. Víctor es una joven estrella de la televisión, pero es algo más que una cara bonita. Es un periodista de raza, con una enorme capacidad de trabajo y un gran atractivo. Harto del mundo de la tele y un poco cansado de que lo valoraran sólo por su físico, presentó a la dirección de la radio un proyecto titulado *Llévame contigo*. Es el típico programa de madrugada, con llamadas de los oyentes y un aire un tanto misterioso. Eso sí, con poco presupuesto. Sólo cuenta con la ayuda de una productora de la radio, Lidia, un técnico de sonido, Mario, y otra colaboradora a quien él mismo ha seleccionado para que escriba algunos guiones y le acompañe de vez en cuando en antena. El año pasado, esa franja horaria estaba ocupada por sintonías musicales y espacios publicitarios, pero cuando recibieron la propuesta de Víctor, los directivos pensaron que era una buena idea empezar el nuevo año con algo diferente.

Hoy es el primer día, y aunque lo normal sería que todo el mundo estuviera nervioso, en la redacción se respira mucha tranquilidad. Es un espacio pequeño, con sólo cuatro mesas. Víctor ocupa la más cercana a la ventana, frente a la cual tiene a Lidia, enganchada al teléfono.

—¡Confirmada! —exclama la chica mientras cuelga—. La niña está de camino.

—No la llames niña —le dice Víctor con tono cariñoso.

—¡Es que lo es! —contesta seria sin dejar de apuntar cosas en su libretita de productora.

—La «niña» tiene más seguidores en Twitter que los que tú puedas soñar, y su blog... Su blog es, sencillamente, maravilloso. Ella nos traerá otro tipo de oyentes, ya lo verás. Y también le aportará un toque de frescura al programa.

—Ni siquiera sabes cómo suena su voz. ¿Y si resulta que tiene voz de pito? ¿Y si es tonta de remate? ¿Y si no sabe escribir entrevistas? Piensa que ésta no ha currado en su vida.

—La entrevisté por Skype. Tiene una voz preciosa y mucha ilusión. Y eso es más de lo que se puede decir de mucha gente que trabaja aquí desde hace años.

—No lo dirás por mí, ¿verdad? Porque yo llevo dos —dice la chica, que se considera una gran profesional, y si hay algo que odie es que duden de ella y de su calidad como productora.

Víctor sonrío, se levanta de la mesa y se dirige hacia la impresora. Saca una hoja y se la entrega a Lidia. Se coloca detrás de ella y le dice al oído:

—Lee esto antes de criticar.

A Lidia se le hace un nudo en el estómago. Se siente incómoda al tenerle tan cerca. Es muy guapo y huele muy bien. No está acostumbrada a este tipo de jefes, tan amables y tan cercanos. Su último jefe era un tipo bajito y regordete, que aparecía cinco minutos antes del programa y, a veces, con las zapatillas de casa puestas. Víctor es todo lo

contrario. Es elegante, trabajador y un pelín misterioso. No es muy hablador, sólo lo justo, y eso le encanta a Lidia. Por todo eso, la presencia de una «rival» con talento, no le hace ninguna gracia.

—¿Y esto qué es? —pregunta la productora mirando el papel.

—La escaleta del programa de hoy —contesta Víctor, sentándose—. Es muy simple, lo sé, pero es el primer día y no quiero arriesgar. Quiero que todo fluya como tenga que fluir.

ESCALETA PGM 01

LLÉVAME CONTIGO

- *Entrada: Víctor da la bienvenida a los oyentes*
- *Tema del día: LA PRIMERA VEZ*
- *Cortes de películas*
- *Llamadas de los oyentes*
- *Testimonio fuerte e impactante*
- *El post final*

—¿Eso es todo? —pregunta la chica, sorprendida de tanta sencillez.

—¿Te parece poco? Pues tienes dos horas para montar los cortes con el técnico de sonido, encontrar a un testimonio fuerte e impactante, y pensar en una pregunta para los oyentes.

—¡Un momento! ¿Eso no tendría que hacerlo la nueva?

—Lidia, es el primer día. Y la nueva llegará un pelín tarde. Sólo quiero que hoy preste atención y aprenda. Piensa una pregunta, venga.

—Perdona, pero no acabo de entender. ¿La primera vez de qué?

—Bueno, ya lo verás cuando saques los cortes de las pelis. La primera vez que te enamoraste, la primera vez que trabajaste, la primera vez que besaste a alguien o la primera vez que comiste *sushi*. Lo que quieran los oyentes. Te echaré un cable porque es el primer día. Apunta la pregunta:

¿Qué primera vez te gustaría repetir?

—De acuerdo. Entendido. Voy a ver a Mario.

Lidia se levanta, coge los mil DVD que Víctor le ha preparado con otros tantos *post-it* en los que se indica el corte que hay que sacar en cada peli, y le dice, muy seria:

—Si no te importa, el próximo día sacaremos los cortes del YouTube. Esto del DVD es del siglo pasado —aclara mientras hace equilibrios para que no le caigan todos al suelo.

—¿Ves como necesito a gente «joven» a mi alrededor? —le responde, y suelta una divertida carcajada—. Venga, en marcha, que el tiempo se nos echa encima. Llámame cuando tengas los cortes editados, y vendré a repasarlos.

Víctor se queda solo en la redacción, respira hondo y mira a su alrededor. La radio es distinta que la tele. Hay poca gente, impera el silencio, y la noche tiene un encanto maravilloso. En los pasillos no se oye absolutamente nada, tan sólo los tacones de Lidia, que se dirige al estudio 2.

«Hoy puede ser un gran día, sí señor —se dice a sí mismo—. Todo irá bien.»

Capítulo 2

He venido aquí esta noche porque,
cuando te das cuenta de que quieres pasar
el resto de tu vida con alguien,
lo único que quieres es que tu vida
empiece lo antes posible.

Cuando Harry encontró a Sally, de ROB REINER

Una hora más tarde

Sergio entra en el comedor con su primo Manu. Andan concentrados en el móvil de Sergio, sonríen. Silvia y Estela, sentadas en el sofá, los observan.

—¡Este comentario es muy bueno! ¡Dale al «me gusta»!
—le dice Manu a su primo.

—¿Lo ves? ¡Está enganchado! —le susurra Silvia a Estela. Ésta le toca la rodilla para que se calme y, sobre todo, se calle.

—¡Hola, chicos! —dice Estela con voz encantadora. Sergio y Manu saludan con dos besos, y Estela se da cuenta de que Sergio casi no ha mirado a Silvia.

—¿Qué hacéis? —pregunta Sergio sin dejar de mirar su móvil.

—Pues estábamos pensando en organizar una fiesta para *singles* —contesta Estela con ironía.

—¿*Singles*? —Sergio no despega la mirada de la pequeña pantalla.

—Solteros y solteras juntos en una fiesta. Y Silvia y yo seremos las solteras de oro —bromea Estela para llamar la atención del chico.

Sergio tarda en contestar, enfrascado como está en su móvil.

—¿Una fiesta? —responde despistado—. Las fiestas siempre molan... ¿Ha quedado algo de pasta carbonara del mediodía?

Estela se queda pasmada después de la respuesta de Sergio, que se va a la cocina tan tranquilo, sin parar de escribir en el móvil. Las dos amigas se miran sorprendidas. Silvia está tan estupefacta que no le contesta.

«Ojalá se te atraganten los espaguetis», piensa, rabiosa.

—¿He oído «fiesta de solteras»? ¡Me apunto! —exclama Manu—. ¿Cuándo es?

—Todavía no lo sabemos, pero ya te avisaremos —contesta Estela para quitarse a Manu de encima.

Minutos más tarde

Ana llega a la radio caminando. Es una radio pequeñita y está muy cerca del centro... Está muy angustiada. Acaba de regresar de Cambridge y ha tenido que comerse su orgullo y volver a vivir con sus padres. Cuando te has ido de casa y te has convertido en una persona independiente, cuesta mucho agachar la cabeza y volver a tu habitación de estudiante. Equivale a reconocer que has fracasado, o que no sabes vivir sola, o algo mucho peor: ¡que ellos tenían razón! Pero Ana lo tiene claro: en cuanto haya cobrado su primer sueldo, se buscará una habitación cerca de la radio.

«Aquí es: calle de la Victoria número 145.» La *Princess* mira arriba. El edificio es muy antiguo y en absoluto espectacular, pero se siente como una auténtica princesa a punto de entrar en el castillo. Y no hay ningún príncipe que la proteja de los dragones o de las brujas malvadas. Baja la cabeza y se encuentra con un chico pequeñito. Tiene una barbita y cara de buena persona. Antes de que ella pueda reaccionar, el chico ya le ha dado dos besos.

—Bienvenida. Tú debes de ser la nueva, ¿no? —le dice.

—Sí... Supongo. Vengo a trabajar en el programa *Llévame contigo*.

—Claro: es lo único que emiten a esta hora. Yo me llamo José y soy el portero. —Y le planta otros dos besos—. También me encargo de la seguridad. Claro, como éstos no quieren gastarse el dinero en otro sueldo... De todos modos, si tengo que defenderos yo, con lo bajito que soy, lo llevamos claro.

—Yo soy Ana —contesta, sonriendo divertida ante la verborrea de José.

—Lo sé. Te conozco muy bien. Te sigo en Twitter.

—¿En serio? Qué ilusión —contesta la *Princess* con sinceridad. Aunque sabe que tiene muchos seguidores, cada vez que conoce a uno le parece un milagro.

—¿Quieres un consejo para tu primer día?

—Sí, por favor. Estoy de los nervios.

—Sé prudente. Aquí todos parecen buena gente, pero, en cuanto te descuidas, te apuñalan por la espalda. El mejor de todos es Mario, el técnico. Un tío cojonudo. Muchas veces, cuando estoy aburrido, que es casi siempre, subo a hablar con él o a cotillear vídeos de Internet.

Luego está Lidia, que es muy alegre y simpática, pero no te fíes ni un pelo de ella. Es de esa clase de gente que mataría a su madre por salir en la tele. En este caso, por hablar en antena.

—Pero ella se encarga de la producción, ¿no?

—Sí. Y es muy buena en lo que hace. Pero no te fíes de ella. Y luego..., luego está el jefe.

—Lo he visto por la tele, pero en realidad no lo conozco.

—Es un tío muy raro. No le gusta hablar ni cotillear. Es muy serio —susurra José, como si le pudieran oír desde la redacción, que está en la tercera planta del edificio.

»Y tú, ¿qué? ¿De dónde vienes? —pregunta el chico sin cortarse un pelo. A Ana le inspira confianza y se sincera con él.

—Pues hace dos días que llegué de Cambridge.

—¿Y eso? ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste... pudiendo estar en Inglaterra?

—Bueno... Pasé unos meses geniales, pero luego todo se torció, corté con mi novio y, cuando me surgió esta oportunidad, no dudé en salir por piernas. Llevo pocos días en la ciudad, y ni siquiera he visto a mis amigas...

—Pues seguro que el tío era un idiota —dice José para buscar la complicidad de Ana.

—¡Nooo! No digas eso. Corté yo, pero no porque me hiciera nada malo...

—Bueno, algo haría mal.

—No lo sé. ¿Alguna vez has cortado con alguien a quien todavía querías un montón? Es muy duro. Y sólo hay una manera de superarlo.

—¿Cuál? —pregunta el chico, lleno de curiosidad.
—Poniendo tierra de por medio.

En el mismo instante, en el baño de la casa de Sergio

Las *Princess* cierran la puerta del baño con el cerrojo. Las cosas están empezando a ponerse feas. Estela está indignadísima y da un puñetazo al aire. Silvia siente que la situación se le está yendo de las manos. Sabe que cuando a su amiga se le cruza un cable no hay quien la frene. Enciende la radio de manera impulsiva y pone el volumen alto para que puedan hablar. Estela la coge de los brazos y la mira fijamente.

—Es hora de actuar. ¡Ahora o nunca!

—Estela, no te pongas así. Estoy muy rallada.

—No te hagas la víctima. ¿Eres o no eres una *Princess*?
¿Te mereces lo mejor o no te lo mereces?

—Sí, sí... ¡Sí! —repite Silvia—. ¡Pero ahora mismo no sé si quiero!

—No seas tiquismiquis. Y ahora, préstale atención al plan. —Estela sigue sin soltar a Silvia, que hace un gesto desaprobatorio—. ¡Escúchame! Ahora saldremos de aquí tan tranquilas. Ante todo, mucha calma. Voy a invitar a los chicos a unas pizzas, y le pediré a Sergio que me acompañe en moto.

—¡Pero si hay una pizzería debajo de casa! —replica Silvia.

—Elegiré la pizzería más lejana que se me ocurra, y me las arreglaré para que me lleve en moto. Tú te quedarás con Manu, pero no te preocupes: éste no se entera de

nada. Cuando vayamos a por las pizzas tendrás diez minutos para encontrar lo que estás buscando. ¿Me has oído bien?

Silvia asiente, insegura, y Estela le da un abrazo para demostrarle su apoyo.

Unos minutos más tarde, en Radio Bimba

Ana sube por el ascensor, pulsa el botón del tercer piso y, cuando se abre la puerta, se topa con Lidia. Va vestida con una minifalda muy ajustada, está muy maquillada, y lleva el pelo castaño recogido con un boli y un escote que quita el hipo. La *Princess* no tiene tiempo ni de decir hola, y la productora ya la ha agarrado del brazo, sin soltar el micro del teléfono.

—De acuerdo, mil gracias. Va a quedar genial. Tú tranquilo, no te muevas de casa, que a las dos en punto te llamamos. Un abrazo. —Se desenchufa el auricular de la oreja y le dice a Ana—: ¡Buf! ¡Vaya día! Por fin lo tengo. Llevo dos horas buscando un testimonio para el programa. He conseguido a un tío genial que me contará la primera vez que... —Hace una pausa y se presenta—: Perdona. Soy Lidia, la productora. Tú debes de ser Ana, ¿no? Bienvenida. Pasa, que te enseñe esto. Como verás, es muy pequeño.

A Ana le da corte. No se atreve a decirle que José ya la ha puesto al día, y se deja conducir por Lidia hasta Víctor. Él se queda sin aliento cuando la ve.

—Aquí está nuestra *Princess* —dice Lidia, y le hace una reverencia. Ana se pone colorada.

»Es así como os llamáis, ¿no?

—Bueno, tranquila —la interrumpe Víctor—. No te preocupes, hoy no te haremos trabajar demasiado. Vamos al estudio a comentar la escaleta con el técnico. Lidia nos contará los testimonios que tiene cerrados. Y tú, Ana, mira el asunto del día y piensa qué *post* de tu blog puedes leer hoy, ¿de acuerdo?

—¿Cuál es? El asunto, me refiero —titubea la *Princess*, que no puede estar más nerviosa.

—La primera vez.

—¿La primera vez? —pregunta, y vuelve a ponerse colorada. Esas tres palabras le hacen pensar en David. Cierra los ojos con fuerza, como si así fuera capaz de quitarse de la cabeza la imagen de quien fuera su novio.

—Sí, la primera vez... de lo que sea —contesta Lidia, riéndose de lo cortada que se ha quedado su compañera—. He conseguido a un tío genial que nos contará la primera y última vez que jugó a la lotería. Es millonario. Por lo visto..., ¡le tocó!

—Ah, entendido —responde Ana, aliviada. Hace un repaso mental de su blog de Blancanieves, pero no encuentra nada que se ajuste a la temática. «Tranquila, Ana, todo irá bien. Algo se te ocurrirá», se dice a sí misma, mientras sigue a Víctor y a Lidia, que se dirigen al estudio.

Minutos más tarde, en el comedor de casa de Sergio

Estela se ha salido con la suya. Los chicos están encantados de comer pizza.

—¡El pedido ya está hecho! —grita Estela desde la coci-

na para que la oigan los chicos—. Sergio, ¿me acompañas a buscarlas? —pregunta mientras Silvia se estremece.

—¿A buscarlas? —responde Sergio. Sale de la habitación—. ¿No has pedido las pizzas en el restaurante de abajo?

—No. Es que conozco otra pizzería mucho más rica. Ya verás... ¿Me acompañas? Así vamos en moto... —Estela se hace la remolona y Sergio sonrío. Pero Manu aparece de pronto y dice:

—Si quieres, te acompaño yo. ¿Me dejas la moto, Sergio?

—Vale —contesta Sergio—. Tienes las llaves en la mesita del comedor.

En este momento, Estela quiere que se la trague la tierra. Silvia la mira con los ojos como platos. El plan no está funcionando como ellas esperaban. Manu coge de la mano a Estela y le ofrece un casco. Ahora es Estela quien se queda paralizada. Si pudieran detener el tiempo, éste sería el momento ideal. Treinta segundos después, Manu y Estela están fuera de casa, y dejan a Silvia y a Sergio en la cocina.

—¡Por fin solos! —comenta él—. ¿Cómo te ha ido en la uni? —le pregunta, dándole el primer abrazo del día.

Atrapada entre sus brazos, Silvia responde de manera escueta. No sabe muy bien cómo tomarse este interés súbito de Sergio. ¿Serán imaginaciones suyas y, en realidad, él está como siempre?

—Bien...

Sergio la besa y le susurra:

—Creo que me voy a duchar. ¿Te vienes?

—No, no... Ya me he duchado...

El chico la mira, contrariado. No entiende ese rechazo.

—¿Estás bien?

—Sí, claro, ¿cómo no iba a estarlo...? Es sólo que tengo un examen y estoy algo nerviosa. Eso es todo...

Sergio arquea las cejas, la besa de nuevo y se va a la habitación. Acto seguido, se encierra en la ducha. Silvia se prepara una tila para intentar serenarse. Está pensativa. Llena un cazo con agua y espera a que hierva. El calentador se enciende con una gran explosión, y Silvia ni se inmuta. En condiciones normales habría dado un saltito por el susto, pero esta vez no. Con una tranquilidad casi zen, vierte el agua en su taza rosa, donde ya está la bolsita de tila, y se desplaza pausadamente hasta la habitación que comparte con Sergio.

Le da pequeños sorbos a la tila, sentada en el viejo sillón. Mira la estancia como si fuera una extraña, como si de pronto ese lugar le pareciese inhóspito, como si su montón de ropa aún por planchar perteneciese a otra persona, o como si la foto colgada donde aparece Sergio dejándose besar por ella fuera la de dos desconocidos. De pronto oye unos breves silbidos en la habitación. Silvia les hace caso omiso. El sonido llega acompañado por una vibración que le es muy familiar. Responde al sonido volviendo la cabeza. Ve el móvil. Está en la mesa, y se desplaza como si fuera una cucaracha, señal de que ha recibido un mensaje.

¡El móvil de Sergio! La chica se levanta, pero parte de la tila se le cae y le quema los pies descalzos. Por fin ha llegado la oportunidad que estaba esperando. Ha llegado el momento de la verdad. Le tiemblan las manos y las piernas. Sergio sigue en el baño. La ocasión es inmejorable, pero Silvia no puede dejar de pensar en las palabras

de su amiga Estela, que retumban sin cesar dentro de su cabeza:

¿Eres o no eres una *Princess*?
¿Te mereces lo mejor o no te lo mereces?
Pero ¿tú quieres saber la verdad, sí o no?

Unos meses antes, en casa de Sergio

Cuando tienes pareja, cada gesto, cada mimo y cada regalo son importantes. Por eso Silvia lleva un mes ahorrando parte de su paga para hacerle un bonito regalo a su chico. Es uno de esos regalos «porque sí»: porque le apetece y porque lo quiere. No ha sido fácil. Sergio ya tiene todos los *gadgets* imaginables asociados a un motorista. También tiene espráis para grafitis, y dibujos. Lo que no tiene, lo coge de la escuela. Podría comprarle un pack de juegos para la Play, pero se niega. Si hay algo que Silvia odie es ver la manera en que su chico pierde el tiempo delante de la Play. Horas y horas delante de la Play. Eso y el ordenador. Le encanta conectarse a Internet mil horas y está al corriente de todo lo que pasa en la red. Los vídeos más vistos o los tuits más graciosos. Por eso se le ocurrió la genial idea de comprarle un *smartphone* de última generación.

—¡Cariño, estás loca! ¿Cómo se te ocurre gastarte tanto dinero? —dice nada más abrir la caja y ver el modelo de teléfono móvil.

—No es tanto. Ten en cuenta que he ganado muchos puntos, y amenacé a la compañía con irme a la competen-

cia... —Silvia muestra una sonrisa pícaro—. Se me había acabado el contrato de permanencia.

—Pero entonces, ¿qué quieres que haga con este trasto?

—¿Con lo que te mola Internet? Lo vas a flipar. Mira —dice Silvia mientras le enseña el móvil—: treinta y dos gigas de memoria, una cámara que graba en HD y la posibilidad de bajarte mil aplicaciones. Aparte del WhatsApp, puedes consultar el correo, Facebook, Twitter, Instagram, LinkedIn...

—¡Para, para, para! No sé de qué me hablas. Con el Facebook del ordenata y el WhatsApp ya voy servido. ¡No necesito todo esto! —exclama el chico, que alucina con el regalo.

—¿Y si te digo que hay una aplicación gracias a la cual puedes saber dónde estoy en cada momento? —le dice Silvia con media sonrisa ladeada.

La cara de Sergio es un poema. En ese mismo instante, se pone muy serio, deja el teléfono encima de la mesa y dice:

—Pues ya la puedes ir borrando. No tengo el menor interés en controlarte. Y espero que tú tampoco lo tengas. —La *Princess* se queda sin palabras—. Silvia, te lo digo muy en serio. Paso de estas historias. Estamos viviendo juntos, y te quiero. Gracias por el móvil. Haré unas fotos preciosas con él, pero no empecemos en plan «pareja», ¿vale? Paso de escenas de celos, y de que me controlen el móvil y me cotilleen el Facebook.

—¿Por qué? —contesta Silvia, desafiante—. ¿Tienes algo que esconder?

Llevan casi dos horas de programa y todo ha salido bastante bien. Ha habido muchas llamadas, el técnico ha emitido cortes súper graciosos, y han recibido un sinfín de comentarios en las redes sociales. Apenas faltan unos minutos para que Víctor le dé paso a Ana, pero ésta está tan nerviosa que no ha encontrado nada que leer. Ha repasado su blog mil veces, y nada le parece suficientemente chulo como para leerlo en su primer día en la radio. De repente, la voz de Víctor la pone en alerta:

—Queridos oyentes, ha llegado el momento de darle la palabra a Ana, nuestra más flamante adquisición del programa. Con ella pondremos el punto y final a nuestro paseo nocturno por el mundo. Pero ¿cómo definir a Ana? Os daremos una pista: No es una persona corriente. Es una auténtica *Princess*. Pero no os imaginéis a una princesa de cuento de hadas, con pelo rubio y vestido rosa. Es una *Princess* porque así se siente y así lo cuenta en su famoso blog, que compartirá con nosotros todas las madrugadas. Se llama El blog de Blancanieves, y su dirección es <<http://elblogdeblancanieves.wordpress.com/>>. También podéis seguirla en Twitter, en la cuenta @PrincessRPU.

Mientras habla, le hace una seña a Ana, que está sentada frente a él. Ya se ha puesto los cascos. La chica espera que él no se haya dado cuenta de cómo le arden las mejillas: la presentación le ha parecido tan dulce que la ha sonrojado.

El locutor sigue con la presentación.

—Según Ana, todas las personas sin excepción tienen el

derecho y la obligación de ser príncipes y princesas. ¿Por qué? Espero que ella nos dé la respuesta cada noche. Adelante, princesa, toda la audiencia es para ti.

Ana está petrificada. Lleva una hoja para disimular, pero la verdad es que no tiene apuntado nada. NADA. Después de dos segundos de silencio en los que parece que el mundo vaya a acabarse, nuestra chica decide hacer lo mismo que cuando escribe: dejarse llevar.

Agarra el micro y susurra:

—Nueva entrada: «La primera vez».

Víctor le hace una seña con la mano, para que suba un poco el tono de voz. Ana respira hondo y decide ser totalmente sincera, como siempre hace en su blog:

La primera vez

La primera vez puede ser excitante, maravillosa y muy tierna, como hemos podido escuchar esta noche en el programa, pero también puede ponerte de los nervios. Llevo más dos horas esperando la primera vez que hago radio, y debo confesar que lo he pasado muy mal. Nunca he hablado a través de un micro, y nunca he trabajado. Hoy es mi súper PRIMERA VEZ. Habría que inventar alguna palabra para definir la primera vez que reúne muchas primeras veces. Hoy ha sido uno de los días más largos de mi vida. Dentro de unos minutos hará veinticuatro horas que estoy despierta. Anoche dormí en Inglaterra, y los nervios del viaje no me dejaron pegar ojo. Era la primera vez que dejaba a un novio, la primera

vez que viajaba sola en avión y la primera vez que volvía a casa de mis padres después de una larga temporada de vida independiente. Luego llegué a la radio por primera vez, vi al equipo de *Llévame contigo* por primera vez, y pensé que jamás olvidaría mi primera vez. Y para acabar, os diré que es la PRIMERA VEZ que escribo una entrada antes de colgarla en mi blog. En cuanto salga de aquí, cogeré un ordenador y la escribiré. Gracias por vuestra confianza, y espero que esta nueva aventura sea de vuestro agrado. Buenas noches.